

## DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA CHILENA. TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN LA ETAPA PREVIA AL CONCILIO VATICANO II\*

Aldo Yávar Meza\*\*

### RESUMEN

Este artículo aborda la descripción y análisis del desarrollo alcanzado por la doctrina social en la Iglesia chilena, en el período que hemos denominado *preconciliar* y que se extiende desde fines del siglo XIX hasta la convocatoria del Concilio Vaticano II, en el año 1962. Se consideran aspectos relevantes que contribuyeron al proyecto de modernización que experimentó la iglesia chilena a través del período en estudio.

**Palabras clave:** Iglesia Católica, doctrina social, episcopado, encíclica, pastorales.

### THE SOCIAL DOCTRINE OF THE CHILEAN CHURCH: TRADITION AND MODERNITY IN THE PREVIOUS STAGE TO THE VATICAN COUNCIL II

### ABSTRACT

This article deals with the description and analysis of the development reached by the social doctrine of the Chilean Church, in the period we call *pre-conciliar*, which extends from the late nineteenth century until the convocation of the Vatican council II in 1962. There are aspects considered relevant that contributed to the project of modernization that the Chilean church experienced through this period.

**Keywords:** Catholic Church, social doctrine, bishops, Encyclical, Pastoral.

Recibido: 20 de octubre de 2013

Aceptado: 27 de noviembre de 2013

---

\* Este trabajo es resultado de un proyecto financiado por la Dirección de Instigación de la Universidad Finis Terrae durante el año 2012. Proyecto realizado a partir de un convenio de investigación entre la Escuela de Historia de la UFT y el Departamento de Historia y Geografía de la UMCE.

\*\* Doctor en Historia (U. Complutense de Madrid). Departamento de Historia y Geografía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

## INTRODUCCIÓN

Todo análisis del proceso histórico de la sociedad chilena debe considerar a la Iglesia Católica como un factor gravitante en este acontecer, en cuanto constituye uno de los pilares de su construcción identitaria. Desde el inicio de la conquista, la Iglesia desempeñó un rol protagónico en la implantación en América, de un modelo de sociedad cristiano católico a imagen y semejanza de la sociedad española de la época. Este rol formativo se definió desde el primer momento y adoptó diferentes expresiones acordes con la problemática en que se fue gestando. La consideración a la sociedad indígena, en tanto conformaba una realidad diferente a la europea, que era necesario considerar y respetar, fue, probablemente, una de las expresiones más significativas de su pensamiento y acción.

El impacto demoledor que representó para el indígena el sometimiento impuesto por el nuevo orden colonial, se tradujo en la desestructuración de un orden y de una realidad que le era propia, desatando un proceso dramático de sometimiento y expoliación a manos del conquistador en pos de satisfacer sus ambiciones y deseos insaciables. Este proceso complejo y que revistió múltiples expresiones, todas lesivas para el mundo indígena en lo material y en lo espiritual, si bien fue imposible de evitar, a lo menos se logró mitigar a partir de la labor que emprendió la Iglesia Católica para hacer oír la voz, el dolor y la desesperanza de esta sociedad. En la fe católica, la sociedad indígena encontró refugio para la dramática situación que representó para su mundo el proceso de conquista español:

la huida de los dioses y la muerte de los jefes había dejado al indígena en una soledad tan completa como difícil de imaginar para un hombre moderno. El catolicismo le hace reanudar sus lazos con el mundo y el trasmundo. Devuelve sentido a su presencia en la tierra, alimenta sus esperanzas y justifica su vida y su muerte (Paz, 1983: 92).

El indígena, en plena orfandad y entregado al deseo y ambición del conquistador, pudo recuperar su lugar en el mundo. La Iglesia Católica asumió, desde el primer momento, la defensa y protección del indígena, a partir de una capacidad forjada desde los inicios de la cristiandad occidental en lo que dice relación con el desarrollo de un pensamiento social cuya primera expresión, en el medio americano, se materializó, entre otras, en la labor realizada en defensa de la integridad física, material y espiritual de la población aborigen. Pensamiento social cristiano, cuyos principios rectores de su quehacer han sido desde siempre, “la dignidad de la persona humana, la justicia, el destino universal de los bienes, la solidaridad, la subsidiaridad y la búsqueda del bien común” (Morandé, 2009: 395).

Principios de la enseñanza social de la Iglesia que constituyen una esencia única que permanece a través del tiempo, pero que, a la vez y en perfecta sintonía con lo esencial, se interpretan a partir de las características singulares del contexto social y cultural en los que deben expresarse. Estos principios que inspiran el pensamiento y la acción de la Iglesia en el ámbito social, toman especial relevancia hacia fines del XIX y comienzos del siglo XX. Con el Papa

León XIII, la Iglesia entra en una nueva etapa en lo que dice relación con la manera de entender el rol que debe desempeñar en la sociedad. Es el inicio de una nueva época en la historia de la Iglesia en la que la doctrina social asume un rol preponderante que posibilitó el inicio de un proceso complejo de cambios al interior de la Iglesia. Uno de los objetivos fundamentales era sintonizar con la problemática de la época y lograr recuperar un protagonismo cada vez más amenazado por el avance arrollador del socialismo y comunismo, que se planteaban como la alternativa de solución al problema social incubado por el sistema capitalista, proceso de avances y de retrocesos en esta materia, que gravita significativamente en el acontecer de la Iglesia a través de un convulsionado siglo XX que se define, en un segundo momento, a partir del pontificado de Juan XXIII.

### 1. LA IGLESIA CHILENA PRECONCILIAR

En Chile, la repercusión o efecto que se produjo, en esta primera etapa del desarrollo de esta nueva manera de entender la doctrina social, fue más bien tardío. La toma de conciencia de la gravedad del problema social que afectaba a la sociedad chilena y la responsabilidad de acometer la búsqueda de soluciones, por parte de las elites políticas, sociales y económicas, recién se expresó hacia la década de los años 30, especialmente con el inicio del gobierno de Pedro Aguirre Cerda. En el caso de la Iglesia Católica, esta distancia y resistencia para acoger el tema social como una preocupación y responsabilidad de su parte, se explica en razón de la estrecha relación que, tradicionalmente, mantenía con el Partido Conservador (Monreal, 2009: 40-41).

No obstante, la fuerte presión de las demandas sociales que se hicieron sentir cada vez con mayor fuerza a partir de esta época, fueron decisivas para que esta primera apatía de la clase dirigente se superara, iniciándose una nueva etapa en que se buscó reformular, desde diferentes planteamientos e ideologías, la manera de asumir como nación la inclusión teórica y práctica de los excluidos. Surgieron voces que comprendiendo “[...] que si la república transitaba irremediablemente de oligárquica a democrática, también la nación debía transitar de exclusiva a inclusiva. Nuevos actores defenderían la posibilidad de una democracia cristiana que también fuera democracia social” (Stuven, 2009:78).

Diferentes iniciativas, tanto individuales como colectivas, van expresando esta inquietud que surgió en la clase dirigente por la necesidad que implicaba el hacerse cargo del problema social. A su vez, en algunos sectores de la Iglesia ya se tenía una clara conciencia y una profunda convicción de la necesidad de actuar de manera efectiva, en la búsqueda de soluciones que permitieran alcanzar una efectiva y cada vez más necesaria justicia social. Una contribución significativa en este sentido surgió de parte de un grupo de laicos que vieron la necesidad de cambiar radicalmente el enfoque que, desde el mundo católico, se tenía del problema social. Cada vez de manera más definida se propusieron cambiar la manera tradicional de entender el concepto de caridad, para posibilitar el paso de un sentido de beneficencia paternalista al “reconocimiento de los derechos de los trabajadores, o el paso de la acentuación de la virtud teologal de la caridad a la acentuación de la virtud cardinal de la justicia (Berríos, 2009: 107).

Parte importante de este movimiento lo integraron el grupo de jóvenes católicos que abandonaron el Partido Conservador para formar la Falange y que, en un segundo momento, se consolidó con la fundación del Partido Demócrata Cristiano. Se puede entender este proceso de generación de este nuevo Partido como una de las expresiones más logradas de este proceso de secularización del discurso social de la Iglesia, en cuanto constituye una forma de apropiación del discurso secularizador detentado por el Estado liberal para transformarlo en una forma de presencia católica en la sociedad.

Al interior de la Iglesia, y en contraposición a una jerarquía más bien resistente a asumir el problema social como una preocupación prioritaria, surgió la voz y el accionar de figuras descollantes como el padre Fernando Vives quien, en la década del 30, acogiendo el mensaje de las Encíclicas sociales, hizo ver la necesidad de considerar el problema social en la sociedad chilena como una cuestión prioritaria en las preocupaciones y tareas de la Iglesia. En este mismo sentido, el pensamiento y la obra del Padre Alberto Hurtado contribuyó de manera esencial en la construcción de una conciencia social en el mundo cristiano nacional, en cuanto constituyó un hito fundamental en lo que dice relación con definir e imponer la preocupación social, como una responsabilidad ineludible de la Iglesia, responsabilidad que, en lo que respecta a la manera de entender la doctrina social, planteaba la necesidad de entender que si efectivamente ella coloca a la caridad como la más perfecta de las virtudes, esta no debe entenderse como:

una caridad que desconoce la justicia, no una caridad que hace por los obreros lo que ellos deberían hacer por sí mismos, no una caridad que se goza en dar como favor, atropellando la dignidad humana, aquello que el obrero tiene derecho a recibir". (Hurtado 1947, en Fontaine, 1971: 424).

Esta primera toma de conciencia y la decisión de un sector de la Iglesia de actuar de manera más decisiva en materia social, logró conformar una unidad en torno a la figura del obispo Manuel Larraín, figura descollante en el medio nacional e internacional hacia la mitad del siglo XX y, probablemente, una de las personalidades más influyentes en el proceso de renovación que experimentó la Iglesia chilena y latinoamericana en esta etapa. A él se le debe la célebre frase: "El progreso es el nuevo nombre de la paz", expresión en que se basó el concepto de desarrollo concebido como el nuevo nombre de la paz y que el Papa Paulo VI incorporó en la Encíclica *Populorum Progressio* y que se convirtió en la frase clave de la doctrina social de la Iglesia. (Cavallo, 1991: 86).

En los inicios de la segunda mitad del siglo, la preocupación y decidida apuesta por lo social se impone al interior de la Iglesia chilena, favoreciendo un movimiento de renovación y cambio cada vez de mayor significación e importancia. Esta reacción era de esperar, dado que el problema social del país no distaba mucho de la realidad latinoamericana en general: un espacio asolado por la desigualdad, la pobreza y la injusticia. A esto se sumó a fines de la década de los años 50 el triunfo de la Revolución cubana y lo que representó para grandes sectores de

la sociedad en cuanto planteó la posibilidad de la vía revolucionaria como la única alternativa posible para lograr los cambios que urgentemente reclamaba la sociedad latinoamericana. En este escenario de confrontación de propuestas tan divergentes y antagónicas, la Iglesia católica necesitaba dar una respuesta desde el modelo de sociedad democrática de la cual era garante. De lo anterior resulta la definición de los principios rectores que constituirán, a partir de ese momento, los pilares fundamentales de la construcción de una nueva forma de entender la misión de la Iglesia, una misión concebida desde lo social, en cuanto asume la necesidad de provocar un cambio que permita favorecer a los desprotegidos, a las víctimas del sistema y, a su vez, el compromiso con la democracia como el único camino válido para construir el nuevo orden. Este es el momento en el que se produce un cambio significativo en la Iglesia chilena, en cuanto la jerarquía eclesial hizo propio este proceso de renovación, asumiendo su liderazgo.

A partir de esta fecha, se comienza a tratar el problema en el ámbito del concepto de descristianización. Concepto acuñado a partir de la experiencia francesa en las que le cupo un rol importante a los curas obreros y que fue aplicado, en el caso de Chile, a partir de la invitación que hizo el obispo Emilio Tagle a dos pastoralistas franceses, Jean Francois Moyte y el canónigo Fernand Boulard. Ambos, a partir de asumir que en Francia se enfrentaba un fenómeno de "descristianización", iniciaron un proceso de reorganización de algunas diócesis francesas como respuesta a este fenómeno. Aplicando esta experiencia, Moyte y Boulard llegaron a la conclusión de que en Chile también se vivía un fenómeno similar de descristianización y, para enfrentarlo, proponían una activa difusión de la doctrina social de la Iglesia que permitiera alcanzar un real y efectivo contacto con las grandes masas urbanas. En lo inmediato, propusieron crear un trabajo global que restituyera su misión conductora a la diócesis y no cargara todo el énfasis en la parroquia (Cavallo, 1991: 213). Estas conclusiones y la necesidad de abordar el problema dieron como resultado la organización del Seminario Nacional de Pastoral en el año 1960, dirigido por Boulard y Motte, que constituyó el punto de partida para aplicar el movimiento pastoral al interior de la iglesia chilena.

Entre otras realizaciones que buscaban materializar las necesarias medidas para responder al problema, surgió la Pastoral de conjunto que propuso la división en zonas, decanatos y parroquias junto con la creación de departamentos especializados. Se trataba de enfrentar el problema desde una organización institucional más eficiente, que permitiera abordar los problemas en forma global. El Arzobispo Emilio Tagle, gran impulsor del movimiento pastoralista, aplicó este nuevo sentido de organización en la Diócesis de Valparaíso el año 1962, dividiéndola en tres zonas y en diez Decanatos, junto con crear diversos Oficios Diocesanos. Todo ello con el fin de dotar a la Diócesis de una infraestructura que posibilitara realizar y obtener los mejores resultados posibles de la labor Pastoral (*Revista La Unión*, 17 de marzo de 1962).

La materialización de todas estas iniciativas no hizo más que enriquecer la mirada que, desde la Iglesia, se tenía de la problemática social que afectaba a la sociedad chilena y contribuyó a potenciar la importante labor que se estaba realizando. La llegada al país del

padre Roger Vekemans, el año 1957, representó un extraordinario impulso a los estudios de la sociología religiosa, lo que permitió, a su vez, dar forma a importantes instituciones dedicadas al estudio y diagnóstico del problema del desarrollo en el país. Entre ellos, la creación del Centro Bellarmino, núcleo que concentró un número importante de especialistas en investigación socio-religiosa; los estudios realizados desde la perspectiva de la sociología religiosa que se expresó en la creación de grupos de estudio y programas de acción como el Centro para el Desarrollo Económico y Social para América Latina (DESAL) y el Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales (ILADES). A su vez, se crearon la Oficina de Sociología Religiosa y la Oficina Técnica de Planificación, ambas dependientes de la Conferencia Episcopal (Sofía Correa. 2001: 218).

Otro factor importante de este movimiento renovador fue la inmigración de religiosos europeos, curas y monjas que abogaban por una nueva forma de apostolado en contacto directo con la realidad social. Latinoamérica se presentaba como el espacio propicio para ponerlo en práctica y asumir la responsabilidad de la desigualdad, la pobreza y el abandono de grandes sectores de la sociedad. Este contingente europeo vino a reforzar y validar al grupo de sacerdotes y religiosos chilenos que ya estaban aplicando esta manera de entender y realizar la labor pastoral. Trabajando y viviendo en las poblaciones y compartiendo la difícil existencia de los sectores populares, ellos se integraron al mundo popular y se convirtieron en protagonistas de su acontecer.

Esta tendencia modernizadora que tiende a imponerse al interior de la Iglesia se favoreció por la puesta en marcha de un nuevo concepto de organización que se comenzó a aplicar y que pretendió dotar a la Iglesia chilena de una institucionalidad capaz de responder eficientemente a los desafíos que le imponía la época: se trataba de aplicar el ideal colegiado, como una forma efectiva en la conducción de toda la comunidad cristiana. El logro de este propósito favoreció instaurar un espacio de discusión y análisis que permitió alcanzar una convergencia, desde una misma matriz de pensamiento, de posiciones y enfoques diferentes, una capacidad corporativa capaz de pensar desde la diversidad y de decidir monóticamente a la hora de definir los caminos que se seguirían frente al acontecer del momento.

Entre las primeras realizaciones estuvo la fundación, en la década de los 50, de la Conferencia Episcopal de América Latina, en cuya creación le cupo un rol destacado al obispo Manuel Larraín. A partir de esa fecha, se inicia, a nivel nacional, el funcionamiento de la Conferencia Episcopal y del Comité Permanente del Episcopado chileno. Ambas instancias se constituyeron, en el corto plazo, en las instancias clave de su funcionamiento y en el espacio de reflexión en el que se forjó el pensamiento y la acción desarrollada por la Iglesia frente a la problemática que planteaba la contingencia del momento. En el caso de la Iglesia chilena, este aspecto logró un desarrollo significativo y se constituyó en una de sus fortalezas y un factor decisivo en la capacidad demostrada, al momento de enfrentar los acontecimientos de la convulsionada etapa que estaba por venir.

Lo que hizo posible este nuevo sentido de conducción colegiado fue la renovación que experimentó hacia fines de los años 50, gran parte de la jerarquía eclesiástica. En este proceso fue decisivo el rol que le cupo al Nuncio de la época, Monseñor Sebastián Baggio, pues, gracias a su acertada y decisiva intervención, se logró que los nombramientos episcopales recayeran, preferentemente, en “sacerdotes celosos, jóvenes, exponentes del mejor clero chileno” (Cavallo, tomo II, 1991: 8). También le cupo jugar un rol destacado al Nuncio Baggio, en la elección del sucesor del fallecido Cardenal José María Caro. Los candidatos que se perfilaban como los posibles sucesores dejaban entrever, claramente, las tendencias que, a la fecha, ya se podían percibir entre los obispos chilenos. Las más conservadoras se inclinaban sin discusión por Alfredo Silva; los más progresistas coincidían en la persona del obispo Manuel Larraín, pero, en definitiva y para sorpresa de muchos, el elegido fue Raúl Silva Henríquez. En su designación, fue decisivo el apoyo irrestricto del Nuncio Baggio que se había fijado en este religioso salesiano unos años antes, cuando se desempeñaba como profesor en los colegios de la Congregación, para nombrarlo, en 1955 al frente de la recién fundada Caritas Chile. La gestión realizada por Silva Henríquez al frente de Caritas fue notable en cuanto comprobó sus dotes de hombre de acción y su notable eficacia en el campo de la gestión institucional. Estos éxitos logrados al frente de Caritas y el mantener el irrestricto apoyo del Nuncio Baggio, le permitieron ascender aceleradamente en la jerarquía eclesiástica: Obispo de Valparaíso, Arzobispo de Santiago y finalmente Cardenal.

La elección de Monseñor Silva, como el hombre indicado para el cargo de conducir la Iglesia chilena, no pudo ser más acertada. El nuevo Chile que se estaba gestando, anunciando los tiempos de borrasca que traería el proceso de profundos cambios que comenzaba a experimentar la sociedad, planteó a la Iglesia uno de los mayores desafíos de su historia. En la persona del Cardenal Silva Henríquez, la Iglesia chilena encontró al pastor y a la autoridad capaz de conducirla, sabiamente, a través del fragor de los acontecimientos del período más complejo y más dramático que ha vivido el país en toda su historia.

Como resultado de todo lo anterior se produjo, al interior del episcopado, un pluralismo pastoral y religioso que se expresó en diferentes tendencias en cuanto a la manera en que la Iglesia debía enfrentar los temas relacionados con la contingencia del momento. El Obispo Piñera se refiere a esta diversidad al interior del Episcopado señalando “en aquel entonces formábamos un arco iris, entre el infrarrojo y el ultravioleta, en el infrarrojo estaban los obispos más comprometidos con la izquierda, pero cada uno con su tinte” (Góngora y Aguilar, 2011: 75).

Esta gran diversidad de posiciones planteada por el obispo resulta un tanto exagerada; en la práctica se trataba de matices distintos o énfasis que acercaban o distanciaban posiciones pero que, en lo esencial, representaban lo que, en términos generales, se han denominado como la corriente conservadora o tradicional, y la corriente progresista o de avanzada. En definitiva, este proceso de renovación de la curia permitió incorporar un contingente importante de Obispos impregnados de la nueva manera de sentir y entender la doctrina social de la

Iglesia que, entre otros efectos, contribuyó, significativamente, a que se lograra una diversidad de pensamiento que posibilitó ampliar la percepción que se tenía del problema social, enriqueciendo su análisis y reflexión. Desde esta perspectiva, y en la medida en que la discusión sobre la problemática social se constituyó en el centro neurálgico de todo su quehacer, se impuso la necesidad de incorporar a la discusión el modelo de sociedad que se quería. Esta decisión de hacerse cargo de la problemática social, tanto en su origen como en la diversidad de sus manifestaciones, ineludiblemente fue planteando la necesidad de incorporar a la discusión las materias de carácter económico y político.

La expresión más lograda de esta renovación experimentada por el Episcopado chileno se materializó en las Pastorales que, a partir de esta fecha, comienzan a aparecer, las que dan clara muestra de la urgente necesidad de denunciar la desigualdad social y la firme decisión de participar activa y directamente en la búsqueda de soluciones efectivas. El año 1960, se dieron a conocer las Pastorales “Llamado a la Unidad, Verdad, y Paz” y “Los deberes de la hora presente” y, en el año 1961, “Mientras el mundo marcha, la cruz permanece”; todas ellas destinadas a hacer conciencia en el mundo católico nacional de los problemas de la dramática situación social que vivían grandes sectores de chilenos y la necesidad de que todos los católicos participaran en su solución. El año 1962, se publicaron dos Pastorales que marcaron un hito importante en esta tarea de denunciar el problema y en la urgencia de proponer e implementar los cambios necesarios: “La Iglesia y el problema del campesinado chileno” y “El deber social y político en la hora del presente” (María Antonieta Huerta y Luis Pacheco.1988: 223-224).

De todas las Pastorales nombradas, la última de ellas es la que reviste mayor importancia, en cuanto aborda el problema de la injusticia social desde una perspectiva global. Todos los países de América Latina, afirma, pasan por un período de grandes dificultades que afectan “el orden económico, político y social”. Este hecho es la más clara expresión de que se vive una “peligrosa tensión” y anuncia “situaciones que no responden al orden querido por Dios”. Todo ello provoca una realidad imposible de ignorar: “la miseria que nos rodea y que se perpetúa entre nosotros” (Episcopado chileno, 1962: 9). Este documento es decisivo en cuanto plantea la necesidad de realizar los cambios estructurales necesarios, tanto en el ámbito político como en el social y económico, que permitan iniciar la superación de la desigualdad y la injusticia en materia social. En este sentido, se marca la distancia definitiva con los partidos tradicionales, especialmente del Partido Conservador, y, a la vez, se evidencia una apuesta decidida y explícita por una posición de centro representada por el Partido Demócrata Cristiano. Es la respuesta desde la Iglesia a “los abusos del liberalismo”, que han dado por resultado situaciones que “violatan los derechos de la persona humana, y por ende de la moral cristiana [...]” (Episcopado chileno, 1962: 24), pero también es la respuesta que brinda una sociedad democráticamente constituida, al “comunismo internacional, quien promete dar la solución definitiva de los problemas de la sociedad actual [...]” (Episcopado Chileno.1962: 19).



Esta Pastoral expresa claramente el momento en que se encuentra la iglesia chilena como resultado del proceso de renovación que ha experimentado y marca el fin de la etapa que hemos definido como preconciliar. El año 1962, el Papa da a conocer la *Encíclica Mater et Magistra* en la que, entre otros aspectos, establece la necesidad de profundizar en una puesta al día de la doctrina social de la Iglesia que permita impulsar el proceso de renovación, iniciado por León XIII. Al año siguiente, y como una forma de concretar la decidida apuesta por el cambio, Juan XXIII convoca el Concilio Vaticano II. La realización del Concilio y sus resultados se materializaron en cambios profundos que, junto con fortalecer su ministerio, le permitieron alcanzar una puesta al día que le otorgó las capacidades necesarias para enfrentar, con eficacia, los grandes desafíos que le impuso la época. Por su parte, la Iglesia chilena se encontraba en su mejor momento para responder a este llamado, en cuanto contaba con una capacidad forjada en la etapa previa al Concilio, que le permitió potenciar los logros alcanzados y consolidar un proceso de modernización que le otorgó presencia y notable capacidad de liderazgo en el acontecer de la sociedad chilena de las últimas décadas del siglo XX.

## BIBLIOGRAFÍA

- Berrios, Fernando; Costadoat, Jorge; García, Diego.** 2009. *Catolicismo Social Chileno. Desarrollo, Crisis y Actualidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Berrios, Fernando.** 2009. El Catolicismo Social: Inculcación del Evangelio en Chile. En Berrios, Fernando; Jorge Costadoat y Diego García. 2009. *Catolicismo Social Chileno. Desarrollo, Crisis y Actualidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Cavallo, Ascanio.** 1991. *Memorias del Cardenal Raúl Silva Henríquez*. Tomo I y II. Santiago: Ediciones Copygraph.
- Correa Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo; Rolle, Claudio; Vicuña, Manuel.** 2001. *Historia del siglo XX chileno*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Cruz, María Angélica.** 2004. *Iglesia, represión y memoria. El caso chileno*. España: Siglo XXI.
- Episcopado Chileno.** 1962. *El deber social y político en la hora del presente*. Santiago: Publicación del Secretariado General del Episcopado de Chile.
- Fontaine, Pablo.** 1971. Situación actual de la Iglesia Chilena. En *Mensaje*. Vol. XX. N°201.
- \_\_\_\_\_ 1971. La Iglesia Católica chilena en los últimos 20 años. En *Mensaje*, Vol. XX, N° 202 y 203.
- Góngora, Álvaro; Aguilar, Marcela.** 2011. *Un obispo en tiempo de cambio. Conversaciones con monseñor Bernardino Piñera*. Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Hourton, Jorge.** 2010. *Memorias de un obispo sobreviviente. Episcopado y Dictadura*. Santiago: LOM Ediciones.
- Huerta, María Antonieta; Pacheco, Luis.** 1988. *La Iglesia Chilena y los cambios Sociopolíticos*. Santiago: Pehuén Editores.
- Morandé, Pablo.** 2009. Perspectivas para el pensamiento social cristiano. En Berrios, Fernando; Jorge Costadoat y Diego García. 2009. *Catolicismo Social Chileno. Desarrollo, Crisis y Actualidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Monreal, Susana.** 2009. Catolicismo Social en el Cono Sur. Genealogía de un Ideario. En Berrios, Fernando; Jorge Costadoat y Diego García. 2009. *Catolicismo Social Chileno. Desarrollo, Crisis y Actualidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

**Paz, Octavio.** 1983. *El Laberinto de la Soledad*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

**Stuven, Ana María.** 2009. *Cuestión Social y Catolicismo Social: De la Nación Oligárquica a la Nación*. En Berríos, Fernando; Jorge Costadoat y Diego García. 2009. *Catolicismo Social Chileno. Desarrollo, Crisis y Actualidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

**Fuentes:**

*Revista Mensaje* 1971.

*Revista La Unión* 1962.